



REINTA Y OCHO

Camilo Ernesto Mercado Mutis

Camilo
Muchas gracias por todas las cosas
que compartimos en banda por lo
que nos falta. Un abrazo
Luis María Turillo FHL

*Incierto es el lugar en donde la muerte te espera;
espérala, pues, en todo lugar.*

SÉNECA

Son las diez. Me he prometido mil veces no salir tarde de la casa de mi novia, pero mi trabajo y sus clases no dan otro tiempo para vernos y evitar el naufragio de la relación. En otro lugar, quizás, la aparición de la luna no venga cargada de tanta incertidumbre y cobardía. El tráfico fluye sin mezquindad y pese a ello mi transporte nada que llega. Muchos, muchos taxis. La proporción parece ser cada vez más cercana a un taxista por familia. Quince minutos de espera. Dan ganas de devolverse... La madrugada de mañana no me permite abordar esa opción. Justo ahora que la llovizna penetra la brisa escarchada, la veo venir, es la de letrero verde, más barata que el ejecutivo o el colectivo, ojalá traiga una silla desocupada. Cada vez es más impersonal este servicio: ahora casi todos los buses tienen una cabina que separa el mundo del conductor del de los pasajeros.

Claro, ellos ahí metidos y nosotros a merced de los que dejan subir a vender, cantar, pedir, incluso de aquellos que se cuelan por la parte de atrás y bueno... Aceleran desbocados, lo dejan a uno a la cuadra siguiente del paradero y suben los decibeles de la radio hasta hacernos sentir las pulsaciones cardíacas en la sien. Yo estoy seguro, tranquilo, la verdad no me importa cuánto sigan avanzando las manecillas del reloj, ni lo absorto y distante que de este escenario se ubique el conductor... no todos portan una treinta y ocho en el tobillo, o en cualquier lado. Mi amigo Jorge tenía razón: "Mientras sepa manejarla, mantenga la calma, y la desenfunde en situaciones que realmente lo ameriten, por ejemplo, al ver en peligro inminente su vida o la de los suyos, no tendrá ningún problema para llevarla como un pañuelo o una billetera". ¿Cómo era? Ah, sí: "El mundo en un tambor de seis proyectiles", decía el maestro de la sección de polígono del club. Cuando le compré este ejemplar, aconsejado por Jorge—su pupilo más acucioso—, pensé en tener siempre seis proyectiles más, por si el mundo se complica y quiere escurrirse del soporte que le brindan mis maleables muñecas, junto a mis índices de prestidigitador. Once, qué lentitud, está bien que no se devore el asfalto, pero tampoco son horas para ponerse a contemplarlo. El tipo de la segunda silla, diagonal a la mía, no deja de virar la cabeza desde el ventanal que le corresponde a su dupla de puestos hasta la registradora de la puerta principal. Me molesta ese movimiento dubitativo, nervioso y esquizofrénico. Debe ser uno de esos paranoicos que pululan entrada la media noche, lejos de casa, rodeado de especímenes que en su mayoría dotó la naturaleza con rostros de malandros, desadaptados horribles a los que sus facciones grotescas no dan más posibilidades que las de mezclarse y camuflarse tras el espectro de las sombras de los espacios públicos. Pobre tipo, no lo culpo. Tras una mirada de

soslayo, la buseta denota un panorama desconsolador, lúgubre, de hecho bastante hostil: un anciano hediondo a chucha en la silla paralela a la registradora, detrás de la que ocupa el conductor. Aún no sé si se situó allí para airearse o para recibir a los pasajeros venideros con una morbosa ambientación. Detrás del anciano, dos señoras prefieren aguantarse el malsano aroma antes que sentarse más allá. ¿En la penumbra? ¡Ni de fundas! Paralelo a sus puestos, un gordo bonachón de pelo apelmazado, forrado en una visera rucia, deja entrever un trabajo físico agobiante y tortuoso. A dos lugares del gordo, una pareja *neogótica* de rostros pálidos, trajes negros, con aderezos metálicos, cabellos desmechados moldeados con gel y uñas negras. Justo a mi lado derecho, pasando el corredor, en medio del gordo y los neogóticos, del lado de la ventana, está el paranoico. Ahora un tipo rapado y macanudo se ubica a mi espalda. Al sentarse, siento como si el piso y mi banca se mecieran hacia el final del bus. Detrás del mancancán sube un negro bajito pero fibroso; pasa la registradora y esculca su jean desaliñado para juntar el dinero con el que ha de pagar los dos pasajes. La escena no me gusta, el paranoico ése tiene razón, este par de bestias nos van a robar. El paranoico mueve su cabeza de un extremo a otro del bus, las viejas cotorras se llevan la mano a la nariz tal vez porque el olor del negro sea más fuerte que el del viejo que va delante de sus puestos; el gordo sale de su estado somnoliento como si su sentido de alerta condujese sus pupilas a la escalofriante situación, los neogóticos despegan los labios y acomodan sus posturas. ¿Qué hará el tipo de atrás? No oigo ruido alguno. ¿Habrá sacado un arma? Un hilo de sudor me destempla la columna vertebral, al tiempo que, apretando las nalgas y con las manos calientes y mojadas, recuerdo los comentarios de la gente que ha sido víctima en situaciones así: "Eran dos", "Rara vez actúan solos", "A veces

sube uno primero y unas cuabras después sube el otro”, “¿Cuchillos?, eso era antes, pistola es lo que cargan los desgraciados”, “Uno los ve y sabe que son ladrones”, “En cueros ha bajado la gente”, “Y qué me dicen de las violaciones, ya no discriminan sexos”, “Matan porque dió mucho, poco o nada, pero generalmente hay muerto”. A mi no, yo no seré presa fácil, el paranoico ese puede morir con los brazos cruzados, yo no. Sólo matorrales de lado y lado de la vía y la velocidad de este vejistorio no aumenta. El conductor es cómplice, no hay duda, yo he leído de cosas así. Dios mío, ángel de mi guarda, padre nuestro... el tipo lleva parado en la registradora como mil años, Jesús, algo le dijo al de atrás, mierda, el macanudo se levanta, siento el vaivén de mi silla ocasionado por la presión que le imprime con su mano, me sudan las axilas, tengo el culo pegado al cojín, el macanudo le alcanza una moneda al negro, debe ser una especie de mensaje en clave, nos van a matar estos hijos de perra, el negro mete la mano en el bolsillo, descubro mi tobillo, desenfundo y... ¡Perros!... El macanudo está tendido en el corredor del bus, el negro desentume involuntariamente los dedos de la mano, que ahora, fuera del bolsillo, liberan unas monedas que chocan contra el piso; el gordo está orinado debajo de su dupla de sillas; las viejas cotorras parecen en shock amontonadas en su respectivo ventanal; el anciano de la chucha se guarda las monedas del negro; la pareja neogótica mira mi vientre ensangrentado, y la cercanía que en mi rostro perciben de la muerte me muestra que son solo unos niños cagones que aún se desmayan con la sangre del cine, aterrados de los monstruos y espantos que de niños les han fabricado y colocado en sus armarios. ¿Qué me iba a imaginar que el paranoico guardaba en su chaqueta un arma? La luz se apaga y pese a que el vehículo lleva tiempo detenido, no logro ver la cara del puto

conductor, pues aún no sale de su mundo para enterarse de lo que pasó con el mío. La luz se apaga.

—¿Qué pasó, Aguirre? —pregunta, irrumpiendo en la cruda escena, un uniformado, que al bajarse de una patrulla denota en su voz un mayor rango.

—Lo de siempre, mi teniente, un loco desenfundó un arma que llevaba en el tobillo, seguro para robar la buseta. Pero podría haber sido un terrorista, pues contando los dos disparos que le propinó al tipo grandote, más la munición del arma y otra de los bolsillos interiores, tenía doce proyectiles. —A la par de sus palabras, le enseña al teniente los diez proyectiles sin deflagrar, luego se los regresa al bolsillo y tras el silencio cómplice, agrega—: Menos mal que decidí colocarme como agente encubierto dentro del transporte público.

—Bien, Aguirre, mañana pásese por la Estación para realizar el informe de los hechos; por ahora dígame a Gonzáles que lo acerque a su casa... Ya es bastante tarde y fue una noche pesada.

—No se preocupe, mi Teniente, todavía me llevan buses a la casa y además... no importa cuánto avance el reloj, yo llevo mi treinta y ocho.